

PARA UNA DEFINICIÓN DEL ISLAM

1. RELIGIÓN Y MODO DE VIDA

Una breve definición del islam lo sitúa como la tercera gran religión del tronco monoteísta, brotada a la historia después del judaísmo y el cristianismo, y como la segunda de las religiones actuales por número de adherentes. Una primera observación debe referirse al término mismo de "religión", que tiene origen latino pero que ha sido reacuñado en las lenguas europeas modernas para denotar, desde hace siglos, un territorio de la vida humana bastante delimitado y reconocible. No se ve la misma evolución en las lenguas del islam: el término equivalente a "religión" es "din", que se relaciona etimológicamente con "deuda", "obligación", y no alude a una provincia acotada, sino a una savia que permea toda la vida individual y social de sus adherentes, como sucede en la mayoría de las religiones premodernas.

Algunos ejemplos lo ilustran. Un muslim, se insiste, no se caracteriza sólo por la intimidad de sus creencias o los ritos que practica, sino también por su nombre (un varón islámico sólo puede tener un nombre islámico, los conversos adoptan uno; para las mujeres existe un poco más de amplitud), el corte de su barba, la circuncisión y hasta determinadas posturas corporales. El territorio de la religión no es sólo el de la reiteración semanal de los deberes: el nombre de Allah es invocado por el muslim a cada momento, tanto ante el estornudo del prójimo (si en México se dice "salud", hay países donde se dice "alabado sea Allah") como en la realización del acto sexual. La pregunta sobre la religión ajena, que es incluso de mal tono en nuestras

sociedades, es casi de rigor cuando nos encuentra un musulmán, que necesita saber si su interlocutor posee la verdad completa, a medias o no la posee en absoluto.

Con estos pocos ejemplos puede verse cómo el islam es bastante más que una religión al modo que la entendemos en nuestro medio: es un modo de vida que domina cada acto del creyente, o por lo menos se pretende que lo haga. Tal actitud deriva de un amplio trasfondo de ideas en cuyo centro se haya la figura de Allah.

2. ALLAH

Aunque en algunos tratamientos se traduce simplemente el nombre de Allah por Dios, hay algunas diferencias. Este último es un nombre común transformado en nombre propio, y que por lo tanto cambia en las distintas lenguas: Dieu, God, Gott. No sucede lo mismo en el islam: Allah, dicen los musulmanes, aunque los lingüistas discrepen, es un nombre propio, por lo tanto intraducible. No es impronunciable, como el Yahveh hebreo, y de hecho, ya se dijo, recurre en la conversación diaria. Junto al nombre existen 99 epítetos, que los hombres piadosos repiten desgranando un rosario de 99 cuentas; los epítetos hacen alusión a sus características salientes: el Clemente, el Misericordioso, el Rey y, en una característica esencial, el Único.

Ante esta afirmación de los musulmanes de que Allah es el único dios, pareceríamos hallar un punto de coincidencia con el cristianismo, pero ellos no lo piensan así: al contrario, critican a los cristianos porque "asocian" al Único con simples criaturas como Jesucristo o la Virgen, y porque señalan, en el colmo de la impiedad y el absurdo, que ésta es "Madre de Dios". Ello es incomprensible: Allah es absolutamente trascendente, y la distancia que lo separa de sus criaturas es inconmensurable.

Algunas derivaciones de esta actitud son reveladoras: otra crítica frecuente al culto cristiano es la pretensión de retratar a Dios bajo figura humana, por ejemplo como un viejito con barba; Allah, se afirma, es inaprensible y está prohibido intentar retratarlo; más aún, está prohibido en teoría reproducir cualquier figura, principalmente la figura humana. Otra derivación: el hombre puede decir, usando una figura del lenguaje, que "ama a Allah", pero de ninguna manera puede decirse lo contrario, que Allah ama al

hombre; ello sería atribuirle un sentimiento humano, y por lo tanto degradarlo. Aunque el sufismo ha hecho permisible hablar en estos términos, hay musulmanes que siguen negándolo.

Un tercer ejemplo: sostenemos que Dios es justo, que sus leyes son intrínsecamente buenas; con ello hemos sometido a la figura divina a las leyes de una moralidad categórica que los musulmanes rechazan: ciertamente Allah es Clemente y Misericordioso, pero también está por encima de estas definiciones que delimitan; Allah no tiene obligación de ser justo; las leyes que Él ha dado son buenas porque Él así lo quiso, pero podrían ser absolutamente opuestas a lo que son y seguir siendo buenas: beber vino en la tierra es malo, no lo es en el Paraíso. Y con ello se relaciona el dilema de la predestinación y el libre albedrío, que no conoce una respuesta definitiva en el islam —como tampoco en el cristianismo—, pero que suele oscilar por la pendiente de la primera: la dimensión de omnisciencia y omnipotencia de Allah. Ser sobre todo temido, prevalece en la mente de los creyentes sobre su dimensión misericordiosa.

Podemos realizar una inferencia sencilla suponiendo que este dios omnipotente es la trasposición del patriarca dominante en la familia tradicional de las regiones donde el islam se asienta. Es posible que haya habido una contaminación de ambas concepciones: las primeras páginas de la novela de Naguib Mahfuz *Hijos de nuestro barrio*, que es una parábola de la historia humana, nos presentan a un patriarca, duro y temido, que en el resto de la novela se nos muestra muy claramente como la figura de Allah.

3. SUS REVELACIONES

Este dios ha creado al mundo. En el cristianismo se ha visto en ello el resultado de la expansión del amor divino. En el islam, el apotegma sufi es revelador de otra concepción: "Yo era un tesoro oculto, e hice el universo para que me conozcan". Luego, dió a este universo su ley, el islam.

A propósito de ella, "islam" significa en árabe "sumisión", y muslim, o musulmán, es el "sometido", sometido a la ley divina. Solemos referir la formulación de esta ley a la predicación de Mahoma o Muhammad (570-632) en Meca y Medina, y los historiadores suelen suponer que este Profeta recogió en Arabia elementos del judaísmo y el cristianismo y les dió una nueva forma que fuera inteligible para los árabes: así habría nacido el islam, o por lo menos se habrían asentado sus bases.

El muslim no va a aceptar de ninguna manera esta historización del mensaje de Mahoma. Éste es solamente quien ha transmitido una nueva formulación de la religión primigenia de la humanidad. Primigenia en un doble sentido: ante todo, porque cada ser humano nace muslim, de acuerdo con una tradición muy citada, y sólo la enseñanza de los padres podrá hacer después de él un cristiano o un budista. En segundo lugar porque nuestros primeros padres, Adán y Eva, ya eran musulimes, como lo fueron los profetas del Antiguo Testamento y Jesucristo; en efecto, Allah se ha revelado periódicamente a la humanidad por medio de tales profetas, y sólo la tergiversación de las generaciones posteriores, o su mal entendimiento de los mensajes por obra de judíos y cristianos, hizo necesarias nue-

vas revelaciones. La última de ellas fue la de Mahoma, que es considerado el Sello de los Profetas, el último y definitivo.

De esta visión nacen nuevas preguntas, por ejemplo, acerca de la vigencia de los mensajes anteriores (la Torá o el Evangelio), la licitud de su lectura para un muslim y las posibilidades de salvación de un judío o cristiano. Aunque no debe olvidarse que el islam no sólo rige a los humanos, sino también al universo –y que la Naturaleza, al seguir las leyes divinas, también es muslima–, es sobre la ley dada a los humanos que más han reflexionado los musulimes.

4. LAS FUENTES DEL ISLAM

El punto inicial y el centro de la revelación última es el libro que Allah hizo descender sobre Mahoma, el Corán. Las exégesis tradicionales del mismo son innumerables, del mismo modo lo son las de los autores modernos: nos limitaremos a apuntar que, según las primeras, el Corán es expresión de la Palabra de Allah, por lo tanto es coeterno con Él; no ha sido creado, aunque cierta escuela de los inicios del islam insistió que sí. El contenido de este Corán increado (todo él o sólo una parte, los pareceres varían) descendió sobre Mahoma, que no es por lo tanto su autor, como se sostiene en algunas portadas, sino el simple receptor, quien luego lo transmitió a sus primeros discípulos y a la humanidad. Por ello, el Corán que podemos leer sobre la tierra es fiel copia, hasta en el mínimo punto, de ese Corán celeste, llamado la Madre del Libro.

También aquí se puede acotar abundantemente: si dicho Corán terrenal está en árabe, ello supone que el árabe es la lengua de Allah; así sostienen en efecto muchos musulimes, aunque otros simplemente dicen que, siendo el árabe la lengua de Mahoma, el contenido inefable fue trasvasado a su mente bajo esta forma lingüística. Quedan en pie, sin embargo, principios como la inimitabilidad de este libro y su intraducibilidad. Sobre la primera, los musulimes insisten en el carácter de milagro visible a cada momento que es el estilo coránico: éste es en efecto sublime, según afirman también estudiosos no islámicos conocedores del árabe, y al mismo tiempo ha moldeado de tal forma la educación estética de los musulimes que para ellos es imposible no considerarlo como modelo. En cuanto a las versiones a otras lenguas, cuando mucho se pueden hacer "interpretaciones del sentido", "paráfrasis del significado", pero no se puede traducir lo que por su carácter divino está más allá de toda lengua humana (y hay arabistas que, por razones filológicas, están de acuerdo sobre esta imposibilidad).

Regocijo para el oído, fuente de sabiduría sin fin, oráculo, el Corán es aprendido de memoria por muchos que no saben árabe, su lectura y recitación están sujetos a precauciones, a normas de limpieza ritual y hasta a reglas de educación: recitarlo de prisa es pecado, citarlo con algún error también. Ha sido profundamente internalizado en la mente de todo muslim y ha impregnado profundamente las lenguas del islam. Pero lamentablemente no todo lo que se busca está allí. Porque la jurisprudencia islámica se ha esforzado por reglamentar los mínimos actos de la vida del creyente, junto a los dogmas y a las reglas morales. Entonces algunos exégetas del primer siglo del islam postularon que también en la vida del Profeta, hombre intachable, debía buscarse la guía de conducta. Para ello recogieron los testimonios, aún vivos oralmente, de lo que el Profeta hizo, dijo o dejó de hacer y decir. La ingente colección de estos testimonios, los hadices, forma el segundo basamento de la religión del islam; o deberíamos decir la primera, si a su utilidad práctica nos referimos. Desde normas morales a detalles de la limpieza corporal o el comportamiento sexual derivan de una lectura de éstos.

Por fin, los estudiosos de la ley han descubierto otras fuentes del derecho y la moral: principalmente el acuerdo de la comunidad. Si las sociedades islámicas van adoptando costumbres que no tienen una base escrituraria segura, se considera prudente aceptarlas, porque "mi comunidad no puede estar de acuerdo en el error", según habría dicho Mahoma. Otros no aceptan esta preminencia de la comunidad, y periódicamente surgen voces que llaman a desterrar usos que no tienen un fundamento islámico. Tocamos aquí una problemática de mucha discusión en el islam de nuestra época.

5. EL ISLAM Y EL ISLAM

Con la última frase llegamos, aunque tarde, a una precisión en la definición que tenía que haber aparecido de un principio: ¿el islam es la religión que fundó Mahoma, es la de Mahoma con el agregado de toda la jurisprudencia de los siglos siguientes, o es todo lo que los musulimes consideran suyo?

Antes de responder, debe considerarse que no hay en el islam una jerarquía sacerdotal, aunque sí algo pareci-

do bajo la forma de círculos de estudiosos de la religión; no hay, por lo tanto, una ortodoxia con las dimensiones de la católica, y cierta variedad de rituales y hasta de creencias es la norma. Una laudable costumbre impide a los musulimes excomulgarse: quien se proclama muslim así debe ser considerado por los demás, que no tienen derecho a negarle esta categoría; en todo caso hará en su momento las cuentas con Allah. Claro que hay casos extremos donde no hay más remedio que hacerlo, y existen escuelas que consideran permisible esta excomunión (el llamado *takfir*), pero la latitud ha imperado y sigue imperando.

En esta situación, parece prudente, entonces, diferenciar entre la predicación primitiva de Mahoma, junto con la exégesis más apegada a ella —que constituiría el islam, una de las grandes religiones vivientes— y la enorme masa de usos de los musulimes, que forman el Islam, una de las grandes civilizaciones de la historia. Una distinción paralela puede hacerse entre cristianismo y Cristianidad.

Si atendemos la historia del Islam-civilización, encontramos que confluyen en ella cantidad de herencias y tradiciones culturales: la época del califato (650-1258 aprox.) o de los imperios musulimes modernos (1450-1800 aprox.) ofrecen ejemplos de los múltiples terrenos en que el islam/Islam se desarrolló: la creación teológica, filosófica, literaria, artística, mística, la expansión militar o el proselitismo, el brillo económico. Por muchos siglos, el Islam fue la civilización central de la ecumene, tanto por el lugar

geográfico que ocupaba como porque, ligado con ello, era el espacio de encuentro y reelaboración de las más diversas tradiciones: chinas, indias, europeas, africanas. Consciente de este papel, el islam aceptó, sin la menor sombra de remordimiento, estos aportes, que su estructura mental flexible le permitía asimilar y reelaborar.

En algún momento cristalizó el vapor de tantas esencias en una forma de vida islámica, cuyo atractivo fue evidente para muchos y sigue siéndolo: las conversiones al islam siempre fueron más numerosas que las deserciones, incluso en nuestros días. El justo medio parece haber sido la esencia de esta forma de vida, que es continuamente reformulada. No hay en ella extremismos ascéticos o pacifistas; sin la idea de pecado original, el islam no considera esencialmente pecaminosa la morada en este mundo; por ello, aceptar con moderación sus dones es permisible e incluso elogiabile: las comodidades, la limpieza corporal, la sexualidad no son satanizadas. El buen trato a los semejantes e incluso a los animales, la tolerancia ante los defectos –físicos y morales– ajenos e incluso ante las divergencias religiosas, la serenidad ante la muerte inevitable, la confianza en la benevolencia de Allah y la aceptación de las desgracias, la visión de la razón humana como complemento indispensable de la revelación son algunas derivaciones de esta forma de vida modelada a través de los siglos.

Claro que estas virtudes están mezcladas en la realidad y en la mente del público sometido a los medios de comunicación, con otras imágenes de violencia, opresión a la mujer, recha-

zo de la racionalidad moderna, cerrazón dogmática, condena a muerte de escritores blasfemos y destrucción de venerables estatuas budistas. La palabra acuñada para definir estos rasgos es "fundamentalismo". Mucho se dijo y se sigue diciendo sobre la poca adecuación de este término y los análisis divergen al respecto. Hay acuerdo, sin embargo, en su carácter moderno: lejos de ser expresión reiterativa de una tradición, es la reformulación de la misma ante el avance de su interlocutor obligado, la modernidad de origen europeo. De muchas formas, los musulimes saben que poseen una tradición que en su momento les valió una situación central en la ecumene; pero también ven que los modelos preferidos por las mayorías son otros, a veces completamente opuestos. Las respuestas a ello variaron: el modernismo quiso adaptar el islam a la modernidad, diciendo simplemente que ésta ya estaba prefigurada en aquél; los tradicionalistas esbozaron un rechazo liso y llano, e imposible de llevar a cabo. La mayoría se propuso buscar un tercer camino, en el que los fundamentos de la tradición, despojada de agregados posteriores a Mahoma, sirvieran de base para la construcción de una modernidad propia. Este camino ha llevado a ingenuidades, a afirmaciones ciegas, a actitudes que con justicia han sido condenadas, pero también ha ido asentando las bases de movimientos espirituales influyentes: a un socialismo islámico, ya de larga data, vino a agregarse una economía islámica, y en los últimos años una teología de la liberación, un feminismo y un ecologismo islámicos.

El tiempo dirá la suerte de estos intentos. Su misma existencia nos confirma la vitalidad de un islam que se creía moribundo y que por el contrario goza de un incremento continuo: es hoy la segunda religión del mundo, con más de mil millones de adherentes, que se dispone a ocupar el primer lugar, gracias al incremento demográfico y a las conversiones que logra. En él, muchas personas encuentran la tranquilidad que la vida moderna se empeña en negarnos. LC



MEZQUITA DE IBN TULUN (876-879), EL CAIRO.